

# La espiritualidad sensitiva de El elogio de la sombra de Junichiro Tanizaki

/ Víctor H. Palacios Cruz

[lalluvialcfe.blogspot.com/2024/01/la-espiritualidad-sensitiva-de-el.html](https://lalluvialcfe.blogspot.com/2024/01/la-espiritualidad-sensitiva-de-el.html)



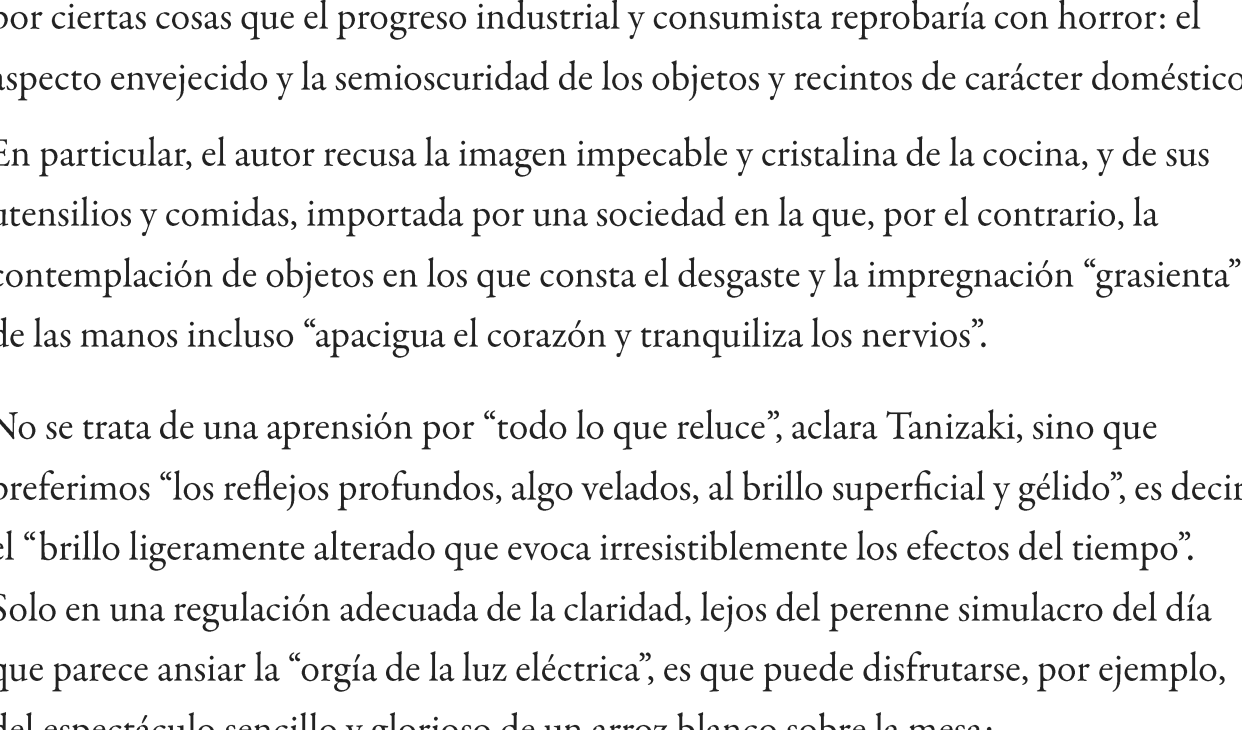
Toko no ma de casa japonesa tradicional.

Es del todo inesperado que *El elogio de la sombra* de Junichiro Tanizaki (1886-1965), legendario por su fama de libro breve, exquisito y sabio, empiece, luego de referir las dificultades prácticas del arreglo de unas ventanas, con una larga y apasionada disertación en torno a ese reducto enojoso e indispensable que los peruanos llamamos “baño”, los mexicanos “excusado” y los españoles “lavabo”.

En su rápida alabanza de la arquitectura tradicional de su país, en una obra que data de

1933 en que Japón vivía las consecuencias de un discutido proceso de occidentalización, Tanizaki destaca la ubicación de estos sanitarios fuera de la casa, apartados y a menudo situados en medio de un bosquecillo, lo que permite tanto la privacidad del acto fisiológico como la conexión sensitiva con la naturaleza a través de la filtración de los sonidos de los pájaros y los follajes.

Tanizaki menciona su predilección por ciertos tipos de madera para el retrete, el suelo y las paredes en contra de la estricta blancura de los recubrimientos y losas tan propia del estilo occidental, costumbre en la que detecta una obsesiva preocupación por la visibilidad de la higiene. En seguida va más lejos y evoca el agrado acogedor que brinda al usuario del baño el deterioro natural de los materiales, sin el menor escándalo por la aparición de las manchas que va dejando sobre las tablas el paso de los años, es decir la vida misma.



Retrete tradicional japonés.

Justamente a partir de estas comparaciones, el escritor dirige su pasión nostálgica a la pormenorización –verdadera delicia para pintores, fotógrafos y arquitectos– de los

más variados ejemplos, extremadamente concretos, que muestran el gusto japonés por ciertas cosas que el progreso industrial y consumista reprobaba con horror: el

aspecto envejecido y la semioscuridad de los objetos y recintos de carácter doméstico.

En particular, el autor recusa la imagen impecable y cristalina de la cocina, y de sus utensilios y comidas, importada por una sociedad en la que, por el contrario, la

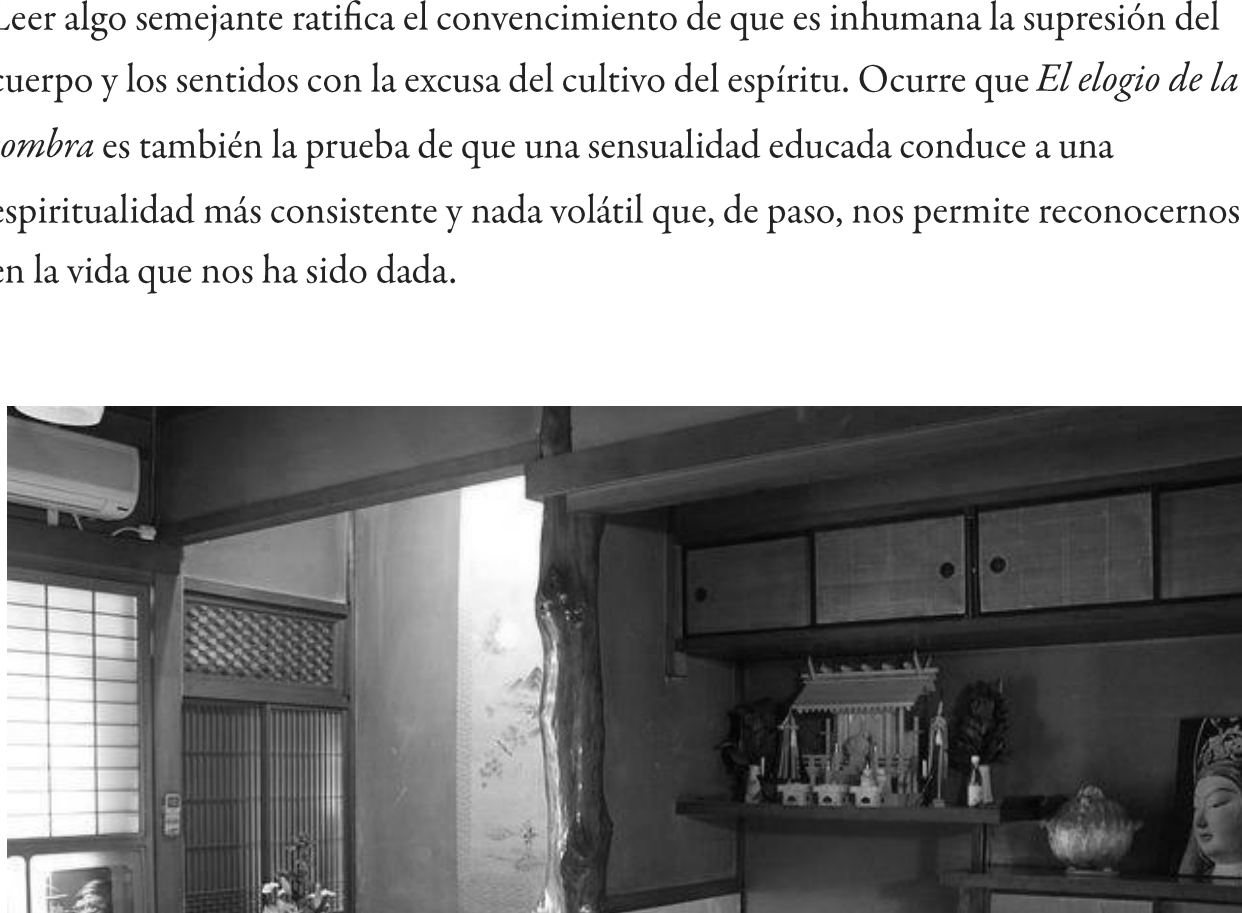
contemplación de objetos en los que consta el desgaste y la impregnación “grasienta” de las manos incluso “apacigua el corazón y tranquiliza los nervios”.

No se trata de una aprensión por “todo lo que reluce”, aclara Tanizaki, sino que

preferimos “los reflejos profundos, algo velados, al brillo superficial y gélido”, es decir el “brillo ligeramente alterado que evoca irresistiblemente los efectos del tiempo”.

Solo en una regulación adecuada de la claridad, lejos del perenne simulacro del día que parece ansiar la “orgía de la luz eléctrica”, es que puede disfrutarse, por ejemplo, del espectáculo sencillo y glorioso de un arroz blanco sobre la mesa:

“Solo con verlo presentado en una caja de laca negra y brillante colocada en un rincón oscuro, se satisface nuestro sentido estético y a la vez se estimula nuestro apetito. No hay ningún japonés que, al ver ese arroz inmaculado, cocido en su punto, amontonado en una caja negra, que en cuanto se levanta la tapa emite un cálido vapor y en el que cada grano brilla como una perla, no capte su insustituible generosidad. Llegado a este punto, se da uno cuenta de que nuestra cocina armoniza con la sombra, de que entre ella y la oscuridad existen lazos indestructibles”.



Vivienda japonesa de estilo tradicional.

Pienso que la estética de Tanizaki haría buenas migas con la tendencia contemporánea de arquitectos y decoradores a optar por la exposición y la sinceridad

de los materiales (ladrillos, piedra, cemento, maderas, metales) rehuyendo capas de pintura, empaques y acabados que no solo esconderían la realidad de la construcción,

sino que además duplicarían sin necesidad el artificio que es ya la edificación por sí sola, trazando una separación entre el habitante y su estancia en la caricia y el color de

cuyas superficies no debería dejar de sentirse el estado de la materia y el palpito de la naturaleza.

No es casual que *El elogio de la sombra* detenga su discurso en la descripción minuciosa del venerable papel japonés:

“Solo hay que ver la textura de un papel de China o de Japón para sentir un calorillo que nos reconforta el corazón (...) Los rayos luminosos parecen rebotar en la

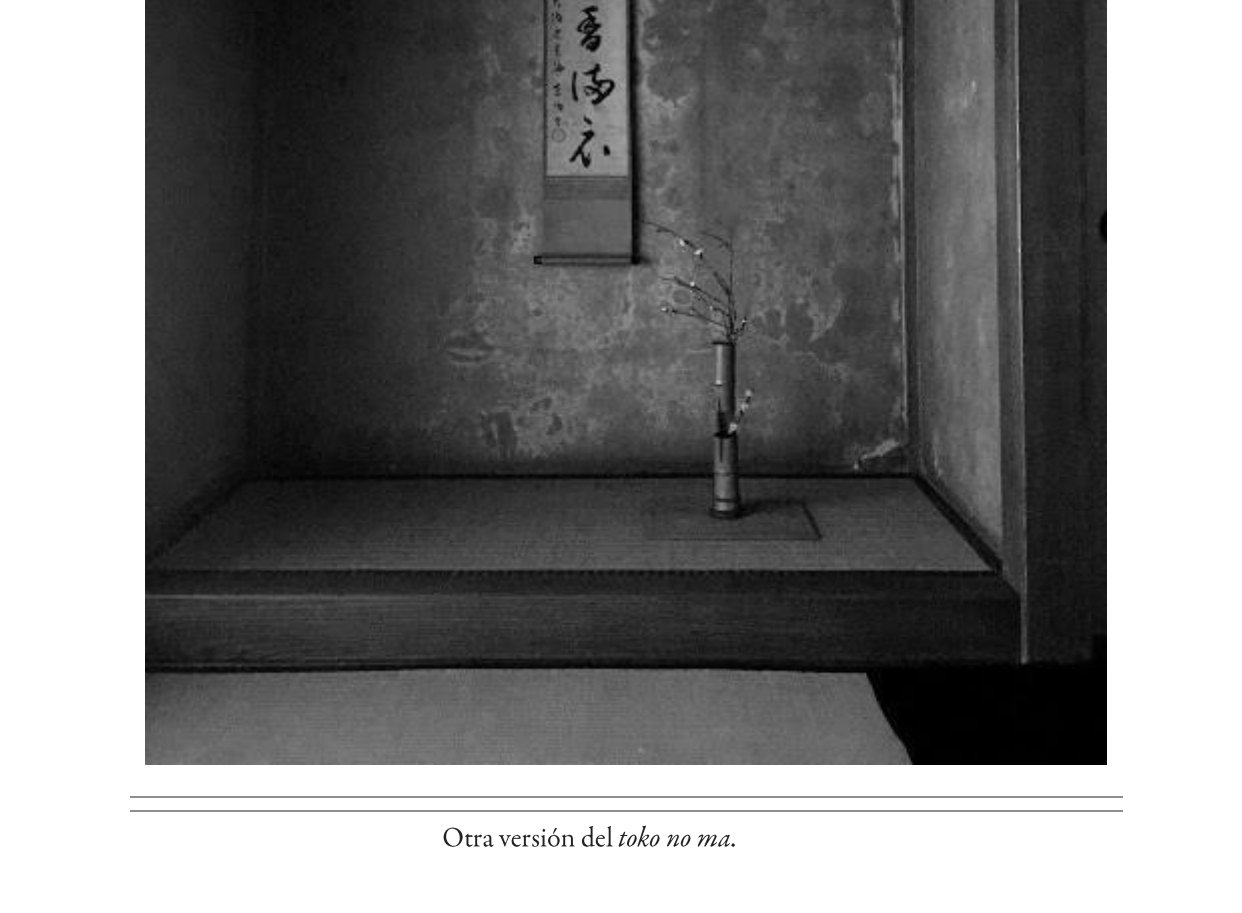
superficie del papel occidental, mientras que la del *hosho* o del papel de China, similar a la aterciopelada superficie de la primera nieve, los absorbe con suavidad.

Además, nuestros papeles agradables al tacto, se pliegan y arrugan sin ruido. Su contacto es suave y ligeramente húmedo como el de la hoja de un árbol”.

Leer algo semejante ratifica el convencimiento de que es inhumana la supresión del cuerpo y los sentidos con la excusa del cultivo del espíritu. Ocurre que *El elogio de la*

*sombra* es también la prueba de que una sensualidad educada conduce a una espiritualidad más consistente y nada volátil que, de paso, nos permite reconocernos

en la vida que nos ha sido dada.



Toko no ma en una casa japonesa.

El libro de Tanizaki alcanza el éxtasis cuando se ocupa de la reserva, dentro de la

vivienda tradicional del Japón, de un espacio llamado *toko no ma*, que el autor

describe como un “hueco” y que consiste en un cubículo de un piso ligeramente

elevado, que no cumple función práctica alguna y se destina a la pura contemplación

de sus ocupantes. Habitualmente cuelga sobre la pared un rollo de pintura

desplegado o se coloca un sencillo jarrón, y no se consiente jamás ninguna recarga de decoración.

Dice este escritor que estos rincones que honran la arquitectura japonesa deben su

encanto al hecho de que solo sirven para que, a lo largo de las horas, el avance de la

luz natural vaya creando allí “recovecos vagamente oscuros”. En esos “espacios recoletos”, escribe Tanizaki, el aire “encierra una espesura de silencio” y “reina una

serenidad eternamente inalterable”.

De ahí que el *toko no ma* sea un magnífico ejemplo de ese desecho, tan

inequívocamente oriental, de obtener en el diseño y la manufactura no tanto una

eficiencia libre de accidentes, sino más bien una relación contemplativa con los útiles

y espacios cotidianos que acepta el misterio y el declive de los seres, en contra de la

ilusa actitud de triunfo y arrogancia manifiesta en la técnica y la ciencia de la

modernidad occidental.

En este sentido, nada enfurece tanto al autor como la invasión de una luz allí donde

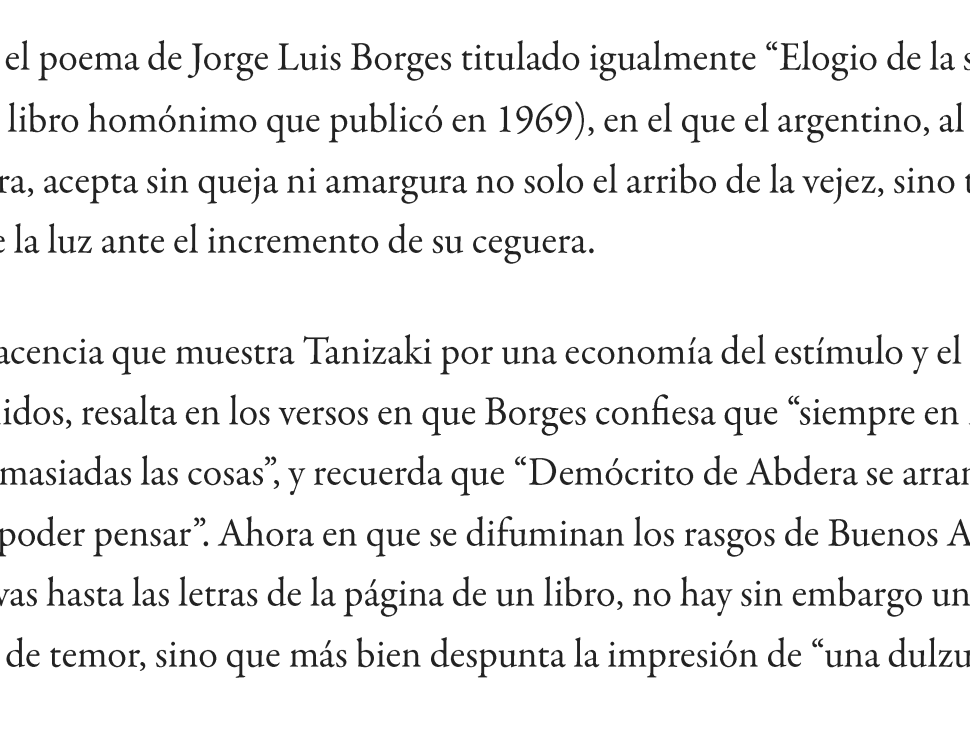
es esperable y más “real” el andar parsimonioso de las sombras. Tanizaki recuerda la

decepción que vivió en un recorrido a bordo de una barca para asistir, sobre un

estanque, a la visión de la Luna llena. Fiasco del cual tuvo la culpa una inesperada

“guirnalda de bombillas eléctricas multicolores” dispuesta sobre una de las orillas. “La

Luna había acudido a la cita, pero era como si ya no existiera”.



Retrato de Junichiro Tanizaki.

trato respetuoso con los límites –los límites de la iluminación y los de nuestro ser y

nuestro conocimiento– y pueden mostrar un legado capaz de transmitir cierta

armonía con lo velado y desconocido, así como un temple para el cual lo imposible

no causa angustia ni humillación. Rembrandt, Caravaggio o La Tour en la pintura

postrenacentista; Dreyer y Kieslowski en el cine; así como Sócrates y Montaigne,

Es cierto que el arte y el pensamiento de Occidente no han sido del todo ajenos a este

Séneca y Odo Marquard en la aceptación serena de nuestra finitud en el saber y en la

felicidad.

De todos modos, hacia el final, y con melancolía, Tanizaki admite que esta vieja

manera de tratar con el mundo cederá sin remedio a la prepotencia de la plástica

extranjera. Como dice en una reflexión útil para un examen de la globalización y la

interculturalidad, el desarrollo de Occidente ha sido fruto de su propio itinerario y,

por tanto, su brusca inserción en una sociedad que, como la oriental, tiene otra

historia y otro carácter, no puede sino producir el impacto de la incongruencia y la

ruptura. A pesar de lo cual, a Japón “no le queda sino avanzar” por una senda ya sin

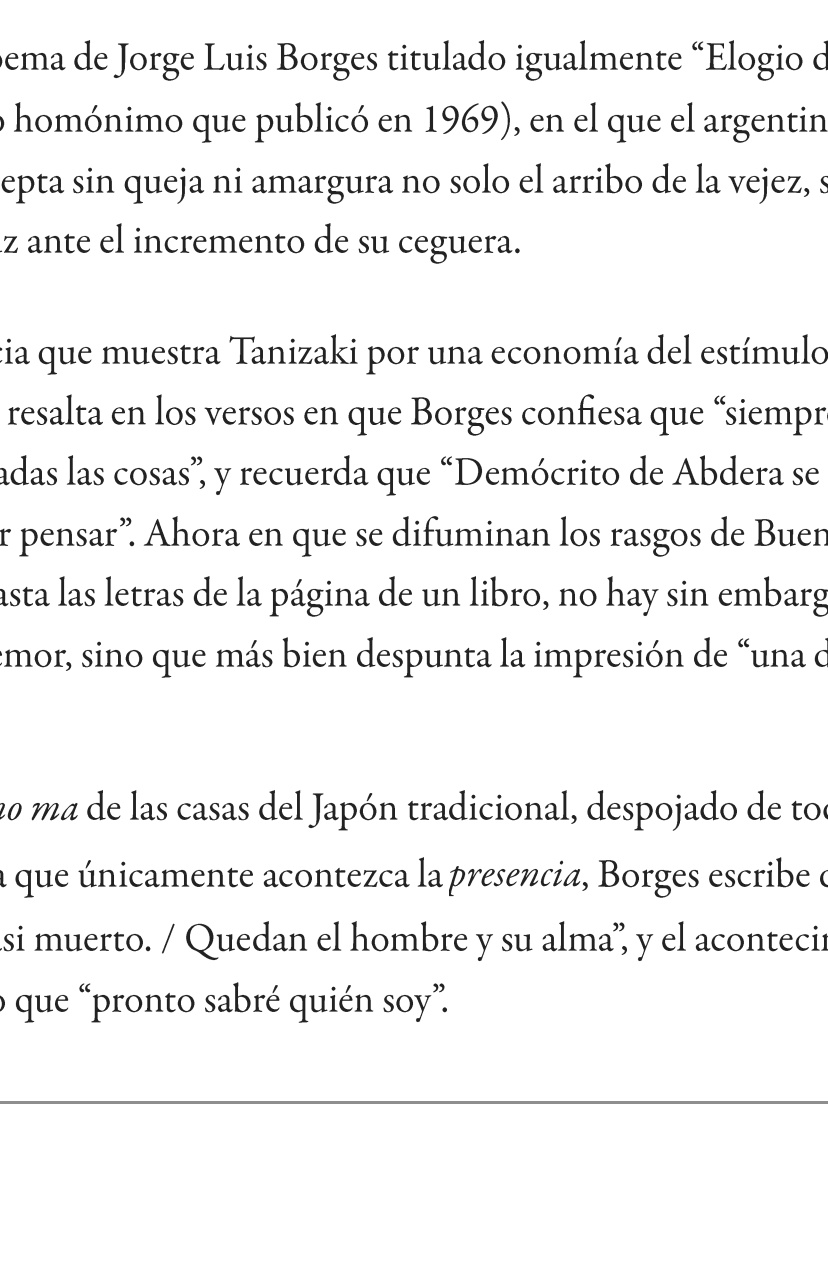
retroceso, “dejando caer a aquellos que, como los viejos, son incapaces de seguir

adelante”.

En esta despedida, las palabras de Tanizaki me devuelven a la sospecha de que los

grandes autores tienden a dialogar entre sí y se estrechan la mano, aunque no se citen

el uno al otro y ni siquiera se hayan conocido.



Edición inglesa de *El elogio de la sombra*

Pienso en el poema de Jorge Luis Borges titulado igualmente “Elogio de la sombra”

(parte del libro homónimo que publicó en 1969), en el que el argentino, al otro lado

de la Tierra, acepta sin queja ni amargura no solo el arribo de la vejez, sino también la

partida de la luz ante el incremento de su ceguera.

La complacencia que muestra Tanizaki por una economía del estímulo y el mínimo

de contenidos, resalta en los versos en que Borges confiesa que “siempre en mi vida

fueron demasiadas las cosas”, y recuerda que “Demócrito de Abdera se arrancó los

ojos para poder pensar”. Ahora en que se difuminan los rasgos de Buenos Aires y le

son esquivas hasta las letras de la página de un libro, no hay sin embargo una

sensación de temor, sino que más bien despunta la impresión de “una dulzura, un

regreso”.

Como el *toko no ma* de las casas del Japón tradicional, despojado de todas las

presencias para que únicamente acontezca la *presencia*, Borges escribe que “el animal

ha muerto o casi muerto. / Quedan el hombre y su alma”, y el acontecimiento es

dichoso puesto que “pronto sabré quién soy”.